

CRISIS U OPORTUNIDAD

Cada día, desde hace ya casi dos años, tenemos sin lugar a dudas un tema de conversación recurrente: la CRISIS. Con los amigos, en el trabajo, con la familia, una y otra vez la dichosa crisis.

Primero se popularizó aquello de “crisis, ¿qué crisis?”. Luego llegaron muletillas como la “luz al final del túnel”, los “brotes verdes”, si hemos o no “tocado fondo”, etc, (Si recordamos, todo esto vino precedido de “España va bien” y “jugamos en la Champions”).

La inmensa mayoría nos sentimos angustiados, perdidos, asustados y, desde luego, daríamos algo muy importante para que todo esto acabara YA.

Sin embargo, debemos recordar que otras generaciones pasaron por trances mucho peores como guerras, hambrunas, epidemias... Y por otra parte, las crisis son algo absolutamente normal: no hay crestas sin valles o éxito sin fracaso. No existe la eterna felicidad como no existe el movimiento continuo.

Quizá las crisis sean incluso necesarias. Albert Einstein dijo que *“la crisis es la mejor bendición que puede sucederle a personas y países, porque la crisis trae progresos”*. Visto así, deberíamos convertir la crisis en una oportunidad para mejorar.

Realmente, la oportunidad está siempre ahí aunque las cosas marchen bien, pero es la crisis la que, gracias a la virulencia con la que nos golpea, puede sacarnos de nuestra zona de confort y provocar en nosotros el cambio necesario para mejorar. Para ello, tendremos que abandonar nuestras cómodas rutinas y transitar por nuevos caminos.

Ahora bien, para que la oportunidad se convierta en una mejora real, es necesario actuar porque, indiscutiblemente, nuestro peor enemigo es la INACCIÓN. Y esa inacción procede de dos factores: la pereza y el miedo.

Contra estos dos factores debemos luchar mediante un viejo catalizador: el optimismo. El optimismo es lo que hace que veamos la botella medio llena y que creamos que llegar a la meta no sólo es posible sino necesario.

Analicemos pues cómo hemos llegado hasta la actual situación y que podemos hacer para salir de ella.

Entre las razones que han provocado esta crisis hay una parte muy visible y mediática, que es el estallido de la burbuja inmobiliaria y del consumismo desenfrenado en general.

Pero subyace una causa más fuerte y profunda, que se ha ido fraguando paulatinamente y sin que hayamos hecho nada para evitarla: nuestro inexorable descenso de productividad. No somos competitivos, es decir, que el mercado prefiere comprar en otros países.

En sólo unos años, hemos pasado del puesto 23º al 33º en el ranking de competitividad del Foro Económico Mundial y nada indica que no vayamos a seguir bajando.

Las causas de esa falta de competitividad se encuentran en varios factores.

Nuestro sistema de formación reglada es un fracaso: una parte importante de los jóvenes no pasa de la enseñanza secundaria y entre quienes deciden

proseguir sus estudios, son pocos los que optan por la Formación Profesional. Por si fuera poco, la enseñanza no responde a las verdaderas necesidades del mundo laboral.

De la misma forma, nuestra inversión en I+D+i resulta insuficiente (representa sólo un 1% de los recursos destinados a este capítulo en la UE) y está deficientemente enfocada.

Por otra parte y, aunque algunos digan no estar de acuerdo (multitud de organismos nacionales e internacionales sí lo están), el mercado laboral español es excesivamente rígido y al no poseer los mecanismos apropiados, pequeños descensos del PIB generan automáticamente un fuerte desempleo.

Todo esto, adobado con una buena dosis de despilfarro del dinero público y privado, crisis de valores (cambio del esfuerzo por el pelotazo, cortoplacismo, etc.) así como un creciente nivel de corrupción, explica bastante bien el por qué de la situación en la que nos encontramos.

Tenemos pues la oportunidad de vencer al miedo y a la pereza y cambiar, aunque de momento resulte doloroso, iniciando un nuevo camino que nos conduzca en la dirección adecuada. Es la oportunidad de quien sobrevive a un infarto y decide dejar de fumar: si todo queda en un sobresalto el disgusto inicial se transformará en alegría.

Es obvio que no está en nuestras manos, al menos a corto plazo, cambiar los valores de la sociedad o conseguir que este país mejore en I+D+i, pero si tenemos la oportunidad de reinventar el Sector, incrementando el valor añadido de nuestros productos y servicios, mejorando en comercialización, distribución y marketing y creando grupos de empresas de mayor tamaño y más competitivos.

Y como personas, esta crisis es una oportunidad para madurar, para reflexionar, para formarnos, para aprender un idioma y, posiblemente para algunos, el detonante para iniciar su propia trayectoria empresarial.

Es indiscutible que no lo estamos pasando bien, pero también es cierto que la crisis nos hará más fuertes si luchamos como lo hicieron otras generaciones en situaciones mucho más difíciles que la nuestra. O, ¿no es cierto que es el viento el que hace que los árboles sean más fuertes?